

JOHN LE CARRÉ / «El comunismo se destruyó a sí mismo por no poder gobernar una sociedad cerrada que se estaba abriendo a gran velocidad».

WOLFGANG BECKER / «Cuando rodé 'Goodbye Lenin' ya había cambiado la ciudad como del día a la noche en sólo 13 años».

EN LA CIUDAD DE

NUNCA JAMÁS

Barata y culta, llena de espacios vacíos y casi ajena a cualquier forma de autoridad... Berlín fue durante años la ciudad que acogía a los niños perdidos del mundo para que vivieran libremente escuchando techno. El tiempo iba a ser su enemigo

Bruno Ganz, en un fotograma de 'El cielo sobre Berlín', de Wim Wenders.



POR
LUIS
ALEMANY

«Cuando me mudé a Berlín Oeste, al principio, viví en casas exclusivamente ocupadas. Era algo muy normal en Kreuzberg. Había manzanas enteras de casas ocupadas. Todo en Berlín Oeste estaba subvencionado, absolutamente todo. Hasta finales de los años 70 hubo incluso una asignación de bienvenida para todos quienes se mudaran, una medida contra el envejecimiento de la población. Estas ayudas generalizadas se dejaban ver claramente en la actitud de la población. El coste de la vida era insignificante y las preocupaciones de cómo reunir algo de dinero para pagar el siguiente alquiler eran mínimas. La gente tenía mucho tiempo para vivir la vida y desarrollar artísticamente sus manías y extravagancias». Éstas son las líneas que abren *Der Klang der Familie*, el libro de Felix Denk y Sven von Thülen (editado en español por Alpha Decay) que

narra la historia de la música electrónica en la capital alemana en los años 80 y 90. Y son las frases, aparentemente anecdóticas, que quizá lo expliquen todo: Berlín fue, en algún momento del siglo pasado, una especie de isla de los niños perdidos, un país de Nunca Jamás en el que las responsabilidades casi no existían. Un lugar al que no podían entrar los padres, los profesores ni, en general, la gente pesada y en el que los polvos de hada de Campanilla y los kebabs se encontraban en cualquier parte y a un precio ridículo. Una ciudad maravillosa para ser joven, aunque fuese gélida en invierno y estuviera llena de descampados y de herrumbre. «Cuando el niño era niño no sabía que era niño, para él todo era divertido y las almas eran una», escribió Peter Handke en un poema que aparecía como un leitmotif en *El cielo sobre Berlín* y que reproduce ese anhelo berlinés de inocencia y eterna impunidad juvenil.

Estos días volví a ver la película de Wim Wenders, símbolo de aquel Berlín de los años 80. Me parece difícil sacar una conclusión. *El cielo sobre Berlín* guarda imágenes de una belleza conmovedora: las vistas aéreas de la ciudad, el concierto de Nick Cave, las escenas de la Biblioteca Estatal de Hans Scharoun... Pero también incluye algunos minutos de cháchara vana, además de un desenlace un poco sentimental y facilón.

Esta vez voy a quedarme con el momento en el que Curt Bois recorre el secarral en el que se había convertido Potsdamer Platz tras la Guerra y se dice a sí mismo: «No puede ser, esto no puede ser Potsdamer Platz, esto estaba lleno de gente y de vida...». La cúpula del Reichstag se ve al fondo, detrás de algunas construcciones confusas y brutales. La escena de Potsdamer Platz enlaza con *Der Klang der Familie* y también sugiere el otro gran tema berlinés de aquellos años de bo-

hemia: la disponibilidad de espacio. Berlín estaba llena de búnqueres abandonados, estadios abandonados, fábricas abandonadas, ministerios abandonados... Y de viviendas vacías, también. La teoría de Felix Denk y Sven von Thülen es que esa abundancia de espacios vacíos propició una manera creativa y despreocupada de relacionarse con la ciudad. Había

sitio de sobra para hacer fiestas, conciertos, exposiciones, para improvisar nuevas maneras de vivir. De todos los vacíos de Berlín, no había ninguno tan significativo como el solar de Potsdamer Platz, la plaza que en otra época había sido Times Square, Picadilly Circus y la Piazza de Spagna, todo junto. A un lado quedaba el Mitte, el núcleo duro de la ciudad, controlado por la RDA; al otro lado, en el Oeste, el Tiergarten, la biblioteca y la Filarmónica, también de Scharoun, la Nationalgalerie de Mies van der Rohe y las ruinas del Reichstag. Y en medio, el muro y la nada. Cuando las dos alemanias se reencontraron, la urbanización de Potsdamer Platz se convirtió en el gran asunto de la ciudad. Hubo un concurso de arquitectura publicitado en todo el mundo, hubo algunas

La tesis de 'El cielo sobre Berlín' era que todo el mundo quiere ser lo que no es: hasta los ángeles desean convertirse en humanos para descubrir el amor

GUNTHER GRASS/«Después del colapso del socialismo, el capitalismo se mantuvo sin rival. Esta situación inusual desató su codicia»

DANIEL BARENBOIM/«Aquel Berlín del Muro era una ciudad exigente y lo sigue siendo en todos los sentidos. No soy alemán, pero soy berlinés»



sospechas de corrupción y hubo un resultado más bien desangelado. Cualquiera que haya pasado tres días en Berlín sabrá que no hay gran cosa que buscar entre los centros comerciales y los edificios de oficinas de la actual Potsdamer Platz, planificados por un estudio muniqués llamado Hilmer & Sattler.

Poco después, la República Federal trasladó su capitalidad a Berlín y empezó a construir sus nuevos ministerios en torno al río Spree. Norman Foster restauró el Reichstag y lo convirtió en ese monumento al optimismo tecnológico que todos hemos visitado, pe-

ro el conjunto tampoco añade mucho a la maravillosa arquitectura de Berlín. Todos esos edificios de viviendas de techos altísimos, el metro elevado, los edificios racionalistas del Hansaviertel, la Universidad Libre en Dahlem...

Es como si Berlín quisiera confirmar a través de su arquitectura la idea central de *El cielo sobre Berlín*. En la película de Wim Wen-

ders se contaba que todo el mundo quiere ser lo que no es: incluso los ángeles desean ser humanos. Berlín, que era un lugar de otro mundo y de otro tiempo, que era como un ángel entre las ciudades, también quería tener su cine iMax y sus oficinas de Price Waterhouse Cooper. Quería ser normal.

Y quiénes somos nosotros para reprochárselo. Es bonito anhelar el Berlín de 1991 o 1992, pero vivir en sus calles tenía que ser duro. Me viene a la cabeza otro libro, *Stasiland*, de Anna Funder (Roca Editorial), cuya narradora explicaba que su piso en Prenzlauer Berg era grande y sólo le costaba unas monedas, pero que todo estaba roto en él. Por las mañanas, se despertaba con vaho en el aliento porque la calefacción no funcionaba nunca. Por las noches, se divertía contando hasta cinco capas de linóleo de diferentes tonos de marrón en el suelo y en las paredes. Todas es-

pantosas. En la calle le esperaban un montón de *ossies* medio alcoholizados, ásperos y desafiantes al principio pero frágiles en el fondo, desesperadamente necesitados de afecto.

Hasta el más vulgar de los turistas reconocerá a ese tipo de figurantes berlineses. Antes, si el visitante que pasaba unos días en Berlín era joven y acudía a la ciudad como un niño perdido en busca del País de Nunca Jamás, siempre se dejaba caer por Tacheles, la casa *okupa* por excelencia de Berlín hasta que cerró sus puertas en 2012. Entonces llegaba la decepción: en vez de Peter Pan, en Tacheles esperaban un puñado de capitanes Garfio: viejos *okupas* asqueados con el turismo y ajados por el prolongado consumo de alcohol y drogas y por el frío y la precariedad de su modo de vida.

Por toda la ciudad se puede ver a berlineses así: *heavies* cincuentones que beben cerveza en el metro, aficionados al techno manidos y probablemente paranoicos y rusos amenazantes como los que aparecían en *La disco rusa*, una novela de Vladimir Kaminer (Random House) que en su momento me encantó y en la que no pensaba desde hace mucho.

Me acuerdo también de otra película berlinesa, *Corre, Lola, corre*. En realidad, no era muy buena película pero expresaba con mucha inocencia ese conflicto entre la hija rebelde y el padre millonario que es la historia reciente de Berlín. El paisaje por el que corría Lola estaba lleno de grúas, porque aquel era el Berlín de los años 90, empeñado en llenar tantísimos agujeros y cicatrices que la historia le había dejado. ¿No había alguna escena en la que Lola atravesaba la Love Parade? El techno estaba saliendo de las catacumbas.

Sólo nos falta recordar que aquel Berlín de los años 90 no salía de la nada. Que Berlín ya había sido la ciudad de Isherwood, Weill, Benjamin, Döblin, Lang, Hessel, Dix, Gosz... La de Lou Redd y David Bowie, que en *Where are we now?*, una de sus últimas canciones, decía: Sentado en el Dschungel [el nombre de un antiguo club nocturno]/ en Nürnberger Straße / Un hombre perdido en e tiempo / junto al KaDeWe [nombre de unos grandes almacenes]/ camino de la muerte / ¿Dónde estamos ahora?». ■

POR
IGNACIO
TORREBLANCA

El tiempo tiene una gran ventaja: permite reescribir el pasado para que encaje con lo que necesitamos en el presente. Y los treinta años transcurridos desde la caída del Muro de Berlín no son una excepción. Empecemos con la facilidad (despistada más que alevosa) con la que hablamos de «caída» en lugar de derribo. Porque el muro no cayó por efecto de la erosión o un fallo en su construcción, sino que fue derribado por los ciudadanos de Alemania del Este en una serie de movilizaciones masivas que siguieron a las también masivas movilizaciones vistas en Polonia y en Hungría anteriormente. Todo ello en contra de todo pronóstico y ante la enorme e indisimulada incomodidad del grueso de los líderes europeos del momento. Porque una cosa es que las cámaras de televisión del mundo retrataran aquellos momentos eufóricos de abrazos, reencuentros y liberación y todos los que lo observamos nos contagiáramos de su alegría y otra cosa bien distinta es que ese fuera el ambiente reinante aquella noche del 9 de noviembre en las cancillerías europeas.

Hoy reescribimos que la reunificación de Alemania fue posible gracias al liderazgo, generosidad y visión de futuro de unos líderes europeos que añoramos al compararlos con aquellos bajo cuya anodina batuta el proyecto europeo supuestamente vive hoy un vuelo tan corto como bajo. Pero la realidad es que la onda expansiva del sobresalto que generó el derribo del Muro no se extinguió aquella noche para que la historia pudiera disculparlo todo como una torpe pero temporal falta de reflejos. No, del sobresalto nocturno se pasó a la preocupación por el devenir de los hechos; de ahí a la ansiedad ante la constatación de la inevitabilidad la reunificación; y de ahí a una carrera de obstáculos para bloquearla, dilatarla o diluirla cuanto fuera posible.

La historia de Europa es muy compleja pero hay un elemento sin el que es imposible entender nada: la cuestión alemana. Una cuestión que detrás de una pregunta abierta esconde algo tan directo como la necesidad imperiosa que sus vecinos han tenido a lo largo de la historia de controlar, limitar, encauzar, someter o incluso anular el poder de Alemania. Se ha hecho de dos maneras. Una, el Tratado de Versalles al concluir la primera guerra mundial, cuyo objetivo era someter a Alemania amputándola geográficamente y económicamente. Y la segunda, después de la segunda guerra mundial, dividiéndola bajo dos modelos (democracia liberal al Oeste y democracia popular al Este), dos tutelas (americana y soviética) y un telón de acero, como lo des-

cribiera Churchill. Una trágica división en dos de Alemania y de Europa consagrada en Yalta que los aliados respetaron al pie de la letra, aceptando resignadamente que la URSS sofocara vez tras vez (en Hungría en 1956, en Checoslovaquia en 1968 y en Polonia en 1981) cualquier intento de los «pueblos cautivos» del Este de Europa (como los describía la retórica occidental) de levantarse contra el yugo soviético.

Tan acendrada era la idea de que la partición de Alemania resolvía el problema alemán que el primer ministro italiano, Giulio Andreotti, pronunció aquel terrible «amo tanto a Alemania que prefiero que haya dos». Y lo mismo puede decirse de Margaret Thatcher, que bloqueó ferozmente la unificación hasta que George Bush padre tomó las riendas del proceso por parte aliada. Pero también de François Mitterrand, que corrió a Moscú a intentar convencer a Gorbachov de que la reunificación era una terrible idea y de que la bloqueara, sin éxito. España, sin embargo, sí jugó del lado adecuado de la historia: y esa historia no puede reescribirse, porque está en los archivos de la biblioteca de la Fundación Felipe González y la ha contado Helmut Kohl personalmente. «Puedo contar con los dedos de las manos los líderes que llamaron la noche del 9 de noviembre para felicitar me y decir que Felipe fue uno de ellos. Y decir que me sobraban muchos dedos». El muro cayó porque la gente no se calló. ■

EL MURO
QUE NO
SE CAYÓ